

Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

00. Prólogo	09. Buscando trabajo
01. La saltadora	10. En el edificio torcido
02. Bella y la bestia	11. Llegar a la Puerta Azul
03. La historia del chico griego en la playa	12. Diario de una activista estresada
04. He hecho croquetas	13. Carta desde la zona de conflicto
05. Escribo en un cartón	14. Era amor
06. Gata	15. Dos sueños de cuando la saltadora cayó en un pozo
07. Dinero	16. De cuando la saltadora perdió las malditas partículas
08. El misterio de Chihuahua	17. Regenerando la identidad perdida (Ilustración)

06. Gata

Repartía en casa lo que cazaba por los tejados o las casas vecinas. Albóndigas, filetes empanados, pájaros. Y una vez, un ratón, que por fortuna no se comieron. La buhardilla no tenía agua, ni aseo, ni desagüe. No había luz ni fuente de calor. Ser libre significaba pobreza. No sabía yo entonces que la vida era tan exigente con la materia y que el cuerpo, además, prefiere las cosas afables. Humphrey y Poco no cazaban. Humphrey por perezoso y Poco porque era tan pequeño y frágil que parecía un ratón, lo que es un tanto humillante si, de hecho, eres un felino. La caza se distribuía de la siguiente manera: primero para el pequeño, después para el macho adulto, y el resto era para la propia Gata y para la perra, Lazy, con quien compartía su vida sexual y una cálida relación de compañerismo. A mí me tocaba algo cuando se zampaban un pajarillo. Gata dejaba las alas unidas en lo que era mi cama, una ofrenda, y yo, a modo de correspondencia, iba construyendo un móvil, un tanto extraño porque usaba cordeles de la calle, o cuerda, o alambritos.

Gata tenía un aspecto impecable de callejera. Era blanca, con manchas variadas y oscuras. Humphrey y Poco eran blancos también; el primero de blanco mullido, con manchas grises, y el segundo de un blanco triste, con islas ni de color canela. La perra era una preciosa mezcla de setter gordon y collie negro, con aspecto de setter paticorto de hocico estilizado. Posaba como una princesa, era dulce como la primavera y tenía miedo al mundo.

En conjunto, formábamos un buen equipo. Todos sabían que yo era la coordinadora general, pero gracias a Gata eran autónomos. Cuando mejoró la situación económica compré una gran fuente redonda de barro y una cocina de dos fuegos de camping-gas, donde además de cocer agua para el café, preparaba carne de caballo, dulce y asquerosa, o hígado de cerdo con arroz y zanahorias. La verdura y la fruta nos la proporcionaba una solidaria frutera que me vendía una bolsa de verduras descartables a veinticinco pesetas. Comíamos juntos hasta saciarnos y nunca nadie intentó ser egoísta. Quizá exagero.

Después Gata iniciaba el ritual del aseo empezando por el escuálido Poco y terminando con una placentera sesión con la perra. De ella aprendí que había asuntos que requerían un orden; la alimentación, el aseo y las curas. Aquel mismo orden fue el que aplicó cuando nos contagiamos de tiña. Yo no había sido cauta al recoger al gatito de un cubo de basura en El Retiro, y se desató la tragedia. El veterinario auguró cuarenta días de ostracismo, pero lo cierto es que los bichos malos



Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

murieron congelados a los diez días. Entre tanto, Gata convocaba a todo el mundo por medios no siempre noviolentos, casi poniéndolos en fila, y yo les pintaba las agujoneantes heridas con yodo. Por la mañana, repetíamos la operación con polvos medicinales.

Fue una época «bohemia»: éramos *libres*, pasábamos frío y hambre, subíamos al tejado a ver cómo la luz de la noche en la ciudad ascendía hacia el espacio estelar como el humo de un cigarrillo... Cuando cocía café, lo colaba con un calcetín. Robaba papel higiénico en los macdonals y a veces iba allí a descongelarme con el secador de manos.

En aquellos días dejó de visitarnos Shiva, una felina que entraba por el cristal roto de la ventana para atacarnos y que después se situaba como una gata egipcia en una esquina para sentirse integrada en nuestro calor singular. Gata sabía que no amenazaba su relación con nadie en la buhardilla y nunca se pelearon. O eso imagino yo.

Sobre el final, sobre nuestro final, no puedo decir ahora nada. Quizá otro día, cuando sentada sobre otras tejas descubra que Gata consiguió de hecho escapar cuando nos arrebataron aquel espacio.

Pero sí quisiera decir que tengo la impresión de que la vida siempre nos pareció a los dos, a Gata y a mí, bastante emocionante.

